

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

DOMINGO DE LA TRINIDAD (7 de JUNIO de 2015)

Los que participamos de la eucaristía somos, o vamos a serlo, gente que trae consigo la aflicción de los últimos, esos invisibles y olvidados de la historia, cuya suerte sufrimos y gozamos en nuestra vida. Nunca olvidemos que comemos el pan de los pobres. Les pertenece.

1

VER (Nuestras eucaristías)



De Jesús, nos dice Pablo, hemos recibido un mandato: “*Haced esto (lo que estoy haciendo en esta última cena) en memoria mía*”.

En tiempos de Pablo, en la comunidad cristiana de Corinto, ya pasaban cosas que también nosotros conocemos por experiencia propia: “*A propósito..., no puedo felicitaros de que vuestras reuniones (eucaristías) causen más daño que provecho*”. En efecto, aquella comunidad cristiana celebraba la eucaristía idividida en bandos!

“*En consecuencia, cuando tenéis una reunión (eucaristía) os resulta imposible comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comerse su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho*”. Aun cuando se digan las palabras rituales, la falta de amor significa que allí en realidad no hay eucaristía. Y la falta de amor se traducía en que los ricos comían hasta saciarse y los pobres pasaban hambre. Para comprender esto,

pensemos que la eucaristía se celebraba en casas particulares, cuyas habitaciones eran demasiado pequeñas para albergar a la comunidad entera en una sola. Ello hacía necesario repartirse en varias habitaciones, lo cual podía dar pie a que la “repartición” se hiciese por estatus, o clase social. Y así, los “de mejor posición” se podían dar el lujo de llegar pronto y comerse su buena cena con su buen vino, mientras que los obreros y esclavos, que posiblemente trabajaban todo el día sin comer, tenían que conformarse con las sobras y pasar hambre.

En la actualidad tenemos amplísimas iglesias para celebrar la eucaristía, pero seguimos divididos en bandos: parroquias obreras-suburbanas y parroquias ricas, comunidades europeas y comunidades del Tercer Mundo... ¿no sigue siendo actual el reproche de Pablo a los corintios? La celebración de la eucaristía es inseparable de la comunión de bienes. Sin esta comunión la eucaristía corre el peligro de convertirse en una farsa.

En resumen, no puede haber eucaristía en una comunidad cuyos miembros no se aman unos a otros. Y la comunidad cristiana es católica, universal.

Miro la realidad de mi vida sacramental. ¿Puedo decir en verdad que celebro la eucaristía “en memoria de Jesús”, con el profundo significado que Él le dio? (Me ayudo del comentario al Evangelio)? ¿Qué necesidades descubro? Repaso en mi PPVM lo que me he propuesto vivir este año sobre la eucaristía... ¿qué quiero hacer? Lo dialogo con Jesús.

BORRACHOS Y MENDIGOS SOMOS

«No es de cristianos, amigos, no es de cristianos
darse al vino,
no es de apóstoles darse al licor,
porque beben y olvidan su compromiso
y desatienden el derecho del desgraciado;
dale a beber el licor al sin techo,
el vino de la alegría al afligido:
que beba contigo y olvide su miseria,
que no se acuerde de sus penas...
Come con él, escucha sus historias.

Y luego

abre tu boca por el que han enmudecido,
sal en defensa del desventurado; álzate, mendigo,
borracho, ponte en pie...
abre tu boca y exige la justicia
defendiendo a los pobres y desgraciados
como tú. (cf. Pro 31,4-9)

EVANGELIO (Mc 14, 12-16.22-26)

¹² El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?». ¹³ Él envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, ¹⁴ y en la casa adonde entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?". ¹⁵ Os enseñará una habitación grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí». ¹⁶ Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua. (...) ²² Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». ²³ Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. ²⁴ Y les dijo: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. ²⁵ En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios». ²⁶ Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos.

1. Esta escena evangélica de despedida (Última Cena) nos recuerda un hecho espléndido: Jesús vivía la comunión con sus discípulos: comunión de vida, de bienes y de acción. En La eucaristía gozamos íntimamente este divino misterio de comunión amorosa (*ágape*) con Él y entre nosotros.

2. En la Última Cena de Jesús se nos reveló el misterio de la autoridad evangélica: Sólo la unción del sufrimiento por el Reino ("carne entregada", "sangre derramada") confiere autoridad "apostólica" a un cristiano. No tengo más autoridad que la que me da mi vida gastada en el compromiso/proyecto evangelizador.

3. Al que lo ha dejado todo por causa del Reino no le faltará "su aposento" para comer la Pascua con sus discípulos. Así muestra el evangelio vivido su soberanía radical. ¿Por qué hoy

los cristianos solemos carecer de esta evangélica confianza? Tal vez la causa esté en lo primero: No lo hemos dejado “todo” por la misión apostólica.

4. El pan, “fruto del trabajo del hombre”, alimento para la vida, es en la eucaristía el “Cuerpo de Cristo”. El vino, alegría del corazón hombre, es... su “Sangre derramada”. ¡La eucaristía es la comida alegre de los pobres seguidores! Alegres en el compromiso comemos el pan de los libres y el vino de los pobres en cada eucaristía. ¡Bendito el que pueda celebrarla

cada domingo! La sangre de su Alianza nos lanza a la liberación del mundo obrero (cf. Zac 9,11). Su Cuerpo comido, a devolver al trabajo su dignidad divina. Los que estamos con Jesús en la eucaristía, ¿estamos con él en su pasión? Esta es la cuestión, hermanos. Como dice un espiritual afroamericano: “¿estabas allí cuando crucificaron a mi Señor?”

5. Los que celebramos la eucaristía nos unimos a su muerte “redentora” para participar— según el grado de nuestra fe—, de su misión salvadora. La unión sacramental y festiva en su muerte ha de hacerse “realidad” en mi compromiso liberador con los oprimidos del mundo obrero. La unión en su sangre se hace realidad por un compromiso de desbordante entusiasmo, “borrachos” de alegría por poder compartir la tarea apostólica con Jesús. ¡No seamos, por Dios, comprometidos borrachos de vinagre!

6. El pan ácimo (*matzah*) no era un artículo de lujo, sino el alimento vulgar y preparado de antemano, comido por esclavos y pobres. Se trata de un pan de aflicción (Dt 16,3).

Los que participamos de la eucaristía somos, o vamos a serlo, gente que trae consigo la aflicción de los últimos, esos invisibles y olvidados de la historia, cuya suerte sufrimos y gozamos en nuestra vida. Nunca olvidemos que comemos el pan de los pobres.

7. Con el vino recordamos el alegre acontecimiento de la liberación ya acontecida con Jesús y la esperanza aún más dichosa de la liberación definitiva, del cumplimiento de su Promesa. Aquel día, ya domingo eterno, beberemos todos sin medida el vino nuevo de la Alegría eterna.

8. En cada eucaristía “anunciamos la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Cor 11,26). La muerte de Jesús es un acto de amor (Gal 2,20: “*me amó y se entregó por mí*”), se proclama existencialmente (2Cor 4,10—11: “*paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús sea transparente en nuestro cuerpo...*) en y mediante la comida y la bebida compartidas (1Cor 10, 16: “*Esa «copa de bendición» que bendecimos, ¿no significa solidaridad con la sangre del Mesías? Ese pan que partimos, ¿no significa solidaridad con el cuerpo del Mesías?*”). El auténtico recuerdo es imitación de Cristo (1Cor 11,1: “*Seguid mi ejemplo como yo sigo el de Cristo*”), por la cual el amor salvífico de Dios se hace presente eficazmente en el mundo. Desde esta perspectiva queda claro por qué el comportamiento de los corintios (1Cor 11,21) [cf. el Ver de este Orar] hacía imposible una auténtica eucaristía.

Y FUE LA EUCARISTÍA

Y el pan se hizo carne y habitó entre nosotros la sangre derramada.
Y pasó la tarde en cruz acontecida... y amaneció el domingo:
y fue la Eucaristía.

En el pan de los hombres nos entregó su vida,
hasta la última gota de vino derramó... queriendo:
y fue la Eucaristía.



Pan de los pobres pusiste en tu mesa,
 en tu costado abierto por siempre los sentaste,
 tenías su misma carne sufriente y dolorida:
 y fue la Eucaristía.

Tu carne triturada parida por María
 y tu trabajo de obrero apóstol de su Reino,
 un viernes para siempre colgaste en la cruz...
 y fue la Eucaristía.

¿POR QUÉ LA EUCARISTÍA?

Comer compartiendo la misma comida y en la misma mesa, en compañía de otras personas (Mc 6,35-46)... he aquí un signo mayor de lo que han de ser nuestras eucaristías... ¿no hemos de sentirnos en misa todos comensales de la mesa de Jesús, compartiendo y disfrutando del mismo pan y del mismo vino? Es así como vamos aprendiendo a extender **la comensalía** en la sociedad en que vivimos con todos los que necesitan el alimento necesario. La comensalía, es decir, compartir la misma mesa, es algo más serio y más profundo que dar un poco de pan al que lo necesita, pues en ella se nos revela el ser mismo de Dios, que es Comunión.

La solución al problema del hambre no está en comprar alimentos, como suponen los discípulos (Mc 6,35ss) y ciertas políticas sociales actuales, ya que, en tal caso, habrá solución solamente si hay dinero, solución siempre supeditada a una economía que, por lo que sabemos, siempre está en crisis cuando se trata de ayudar a los pobres: "*¿de dónde vamos a sacar doscientos denarios para darles de comer?*". Jesús no aceptó semejante solución. Lo que él dijo, nos dice, es. "*dadles vosotros de comer*", es decir, vamos a compartir la mesa con ellos, vamos a compartir cada uno lo que tenemos haciendo una gran mesa para todos: "*¿cuánto tenéis?*" Respondieron: "*cinco panes y dos peces*".

Hay una diferencia abismal entre dar comida a alguien, para que se la coma como pueda y donde pueda, o sentar a alguien en la propia mesa a compartir un trozo de vida... Este fue el signo que nos dejó Jesús en sus comidas con hambrientos y pecadores, hasta llevarlo al extremo en su última Cena, donde quiso compartir toda su vida con nosotros, sin reservas, para que nosotros hiciéramos lo mismo.

Al banquete de Jesús estamos invitados *tullidos, ciegos, cojos, sin techo, pobres de solemnidad y extranjeros*: para estos siempre habrá un lugar en la mesa de la Iglesia (cf. Lc 14, 15-24).

Recordemos y no lo olvidemos nunca: para Jesús lo importante era compartir la mesa y la vida con los últimos (cf. Material 3 preparatorio de la AG de la HOAC). **Y a este radicalismo humano somos convocados cada domingo los comensales de la eucaristía.**

